

EL CENÁCULO

Herminio Malagás

Personajes:

Óscar Pilar Rebeca

Profesor 1 (Eustaquio)

Profesor 2 (Falopio)

Luisa

Niño

José Manuel

Repartidor de pizzas

Época: actual

Lugar: Una ciudad española grande

Homenaje al humor de los hermanos Marx, a la inteligencia de Woody Allen, y al arte de Fritz Wunderlich.

Otrora sala de reuniones, actualmente denominado espacio profesoral de interacciones, de un instituto de enseñanza secundaria. Una mesa alargada en el centro, algunas sillas, en desorden, a su alrededor, estanterías con algún libro (pocos), una puerta abierta que comunica con el lavabo. Otra puerta que va a dar al pasillo donde se encuentran las aulas. Profesor 1 está sentado a la mesa haciendo un solitario con aire aburrido. Profesor 2 está de pie en el umbral de la puerta del lavabo masajeándose la cara después del afeitado. Es viernes, hacia las 14 h. y es el primer día de un nuevo curso.

Entra Óscar violentamente.

ÓSCAR: Ya me está tocando los cojones.

PROFESOR 1: Incordiando, incordiando.

ÓSCAR: Tienes razón, Eustaquio, ya me está incordiando los cojones.

PROFESOR 2: Pero bueno, hombre, vamos a ver.

¿Quién te hace sufrir de esa manera nada más empezar?

ÓSCAR: ¿Quién va a ser? Tu adorado, idolatrado, afeminado y embalsamado director. ¿Tú sabes lo que me pasó esta mañana?

PROFESOR 2: ¿Qué te pasó? *(Sigue masajeándose la cara.)*

ÓSCAR: *(Lo mira y meneala la cabeza.)* Falopio, nunca entenderé cómo te atreves a afeitarte durante el horario lectivo. Esas cosas se hacen en casa, hombre. ¿Lo dice el manual del caradura que siempre te acompaña a todas partes? Ten cuidado porque con tanto cachete va a perder consistencia tu jeta y se va a reblandecer por exceso de uso lo que, sumado al reblandecimiento de tus meninges por infrautilizarlas, puede convertirte en una momia, y con el Directamon tenemos suficiente.

PROFESOR 1: ¿Nos lo cuentas o no?

ÓSCAR: Hace un momento salí a la calle a hacer un recado y casi me mato en la escalera. Las baldosas sueltas por las que ya protesté todo el curso pasado siguen sin reparar y Nosferatu me había asegurado que empezaríamos este curso con una escalera completamente renovada.

PROFESOR 2: Habérmelo dicho antes. Yo soy experto en sacar de la manga escaleras, y además, de colores.

ÓSCAR: Pues vas a necesitar una de caracol.

PROFESOR 2: ¿Para qué?

ÓSCAR: Para escapar de Rebeca cuando le cuente que te vi escribirle las marranadas en el parabrisas.

PROFESOR 2: *(Tras la sorpresa, esbozando una sonrisa estúpida.):* Je, je.

ÓSCAR: ¿De qué te ríes?

PROFESOR 2: La terapia que utilizo ahora recomienda reírse siempre que nos encontremos en una situación apurada.

PROFESOR 1: Bueno, ¿y qué pasó después de tu caída o como quiera que se llame?

ÓSCAR: Pues que fui al despacho del ente innominado a protestar y me contestó que habían surgido dificultades de tipo presupuestario con la sección responsable de reparaciones del ayuntamiento a finales del curso pasado, pero que estaba en ello. El muy pedante me recomendó relajarme porque me notaba preso de una crispación quintaesenciada.

PROFESOR 2: Quinta... ¿qué?

ÓSCAR: Quin- ta- e- sen- ci- ada. Está claro que necesitas otro caracol en cada oído.

(Silencio.)

PROFESOR 1: ¿Y qué tal con los nuevos chavales?

ÓSCAR: Para tener una primera impresión de qué grupo me ha correspondido para este curso, hice

unas cuantas preguntas y el resultado fue para deprimir a cualquiera.

PROFESOR 2: ¿Qué preguntas hiciste?

ÓSCAR: Una, por ejemplo, fue: “¿Qué es el positivismo?” Un energúmeno levanta la mano. Respuesta: “ir a lo positivo”. Otra pregunta: “¿Alguien oyó hablar del Círculo de Viena?” Respuesta de una iletrada: “Mi madre está apuntada al Círculo de Lectores...”

PROFESOR 1: No te quejes, por lo menos ya tienes una familia que lee...

ÓSCAR: Otra: “¿Quién fue Wittgenstein?” Respuesta: “El inventor de la lavadora”. Otra (yo estaba entregado): “raíz cuadrada de 16”. Un gracioso responde que faltan datos. Pero lo peor estaba por llegar.

PROFESOR 2: ¿Qué pasó?

ÓSCAR: Dejé de hacer preguntas. Para recuperar el ánimo les conté la paradoja de la tortuga de Zenón; les hablé de los juegos lógicos que proponía Lewis Carroll a sus alumnos. Después, mencioné a mi admirado Henri Poincaré, un matemático y filósofo francés muy importante. Dijo en cierta ocasión que la vida era un relámpago entre dos noches eternas. Esto lo dije refiriéndome a lo rápido que pasaba todo, a que ya estábamos en otro curso, que no lo vieran como algo muy largo, que el final del curso estaba ahí a la vuelta de la esquina... En eso levanta la mano una alumna...

PROFESOR 2: ¿Y qué tal está?

ÓSCAR: *(Algo azorado.)* ...Muy bue...esto, muy... Buena, digo bueno, a lo que vamos. Me dice que no sabía que en la asignatura de Matemáticas se hablaba de tortugas y tormentas. Que creía que era una asignatura seria. Le dije que la imaginación era muy importante también en Matemáticas.

PROFESOR 1: Ahora que hablas de tortugas. Leí el otro día en un libro de anécdotas algo a propósito de un tal Russell no sé qué más...

ÓSCAR: ¡Hombre! El gran Bertrand Russell.

PROFESOR 1: Ése, ése... Estaba dando una conferencia sobre el universo. Una anciana que estaba entre el público lo interrumpió y le dijo: “Está diciendo tonterías. Todos sabemos que la tierra está sostenida por el caparazón de una tortuga gigante”. Russell replicó: “¿Y sobre qué se sostiene la tortuga?”. La anciana le espetó: “Se cree muy listo. Hay tortugas hasta abajo”. ÓSCAR: Sí, sí, ya la conocía... Otro día les hablaré de Russell... A lo que iba: va y me dice la chica ésta: “No se lo tome a mal. Pretendía introducir una discrepancia enriquecedora”. Yo quedé atónito... ¿Sabéis cómo se llama?... Penélope Úrculo... y en un hombro lleva tatuada la fórmula de Einstein $E=mc^2$. ¡Cielo Santo! ¡Vaya bomba!

(Silencio.)

PROFESOR 2: ¿Cuántos años hace que somos compañeros en este instituto, Óscar?

ÓSCAR: Irán 10 ó 12, ya.

PROFESOR 2: Es que todos los comienzos de curso te pasa igual. Te cabreas por el bajo nivel de la clase, va pasando el curso, mejoran, y al final aprueba la mayoría.

ÓSCAR: Pero no todos.

PROFESOR 2: Capto la indirecta. Yo no me complico la vida. Instantáneas gráficas esbozadas...

ÓSCAR: Otrora Dibujo...

PROFESOR 2: Otrora dibujo...

PROFESOR 1: (*Sigue con el solitario.*) Óscar, eres un nostálgico incorregible.

PROFESOR 2: Decía que mi asignatura, se llame como se llame, es una maría y siempre lo será.

ÓSCAR: Du du a du du a.

PROFESOR 2: Pues eso. Yo, a lo mío: libro de texto. Cada día un dibujo durante 15 minutos para poder corregirlo en la misma hora de clase... y a correr. El que quiera hacer una carrera ya verá después lo que es bueno.

PROFESOR 1: Si te dedicaras al ajedrez tu especialidad serían las partidas rápidas, ¿a que sí?

PROFESOR 2: Seguramente...

ÓSCAR: ¿Y por qué no pruebas? El actual campeón del mundo de ajedrez dijo "Si pienso juego mal". Eso tiene que animaros a los que no pensáis.

PROFESOR 2: Muy gracioso...

PROFESOR 1: Pues yo pienso seguir como todos los años. A los chavales les aburre hacer los ejercicios que vienen en el programa. Yo soy profesor de protojuegos predeportivos sin afán competitivo...

ÓSCAR: Otrora gimnasia...

PROFESOR 1: Otrora gimnasia... Les digo que echen un partido a lo que quieran. Ellos hacen ejercicio igual, lo pasan bien y yo estoy más relajado. O sea: bueno para todos.

ÓSCAR: Ten cuidado: de tanto relajarte un día te vas a poner a caminar y no vas a poder. Puedes acabar como directácula.

PROFESOR 2: Un día el director te va a oír meterte con él y ya verás...

ÓSCAR: No creo. Y si me oye me da igual. Vosotros tenéis enchufe con él, pero yo con ladrones no quiero saber nada.

PROFESOR 1 y PROFESOR 2: ¿Ladrones?

ÓSCAR: ¡Ah! Pero... ¿nunca os lo conté? Una hermana mía es la responsable de seguridad de unos grandes almacenes. Lo pillaron varias veces intentando llevarse objetos de lo más diverso. Utiliza una gabardina. Últimamente lo grabaron con una cámara de vídeo. En una de las cajas montó un espectáculo sacando de la gabardina botellas de agua, de sidra asturiana, relojes... Ni Harpo Marx llevaba tantas cosas dentro de la gabardina.

PROFESOR 1: Así que es un cleptómano.

ÓSCAR: Veo que sigues en forma con los crucigramas, ¿eh? En realidad habría que decir clepsidrómano.

PROFESOR 2: ¿Cle qué?

ÓSCAR: CLEP SI DRÓ MA NO.

PROFESOR 1: La clepsidra es un reloj de agua.

PROFESOR 2: No lo pillo.

ÓSCAR: Sí, hombre. Si empleas el triple del máximo esfuerzo del que eres capaz, incluso tú lo puedes entender. Es un juego de palabras con agua, reloj, sidra, robar a escondidas... ¿lo entiendes ahora?

PROFESOR 2: Un día me voy a hartar de que me tomes el pelo.

(Silencio.)

PROFESOR 1: Pues suena bonito eso de quintaesenciado.

ÓSCAR: *(Socarrón.)* Precioso. Suena precioso. Y además muy consecuente con los tiempos que corren. Yo antes era profesor de matemáticas. Ahora, de intelecciones numéricas aplicadas. Antes, los chavales estudiaban PREU, BUP, COU, ESO, ESTO. Ahora, AQUELLO. Me imagino que dentro de poco estudiarán LO DEL MÁS ALLÁ en la parroquia más próxima. Antes, las canicas; ahora, interacciones cristalográficas. Antes, gimnasia; ahora, protojuegos predeportivos sin afán competitivo. Antes, recreo; ahora, segmento de ocio. Antes, pizarra; ahora, panel vertical de actividades. Antes, borrador del encerado; ahora, generador de palimpsestos (acalorándose cada vez más). Antes, echar cuentas; después, calcular; ahora, proyectar elucubraciones algebraicas...

PROFESOR 1: Basta, basta ya. ¿Por qué dijiste lo del más allá? ¿No correspondería decir lo de más allá sin la “l”? ¿Por qué con “l”?

ÓSCAR: Para regularizar los términos.

PROFESOR 1: *(Después de unos segundos de silencio.)* Verdaderamente, necesitas relajarte. Sufres de “burn out” y el primer día de curso. Un caso grave.

ÓSCAR: ¿De Murnau? ¿El gran director de cine alemán?

PROFESOR 1: BURN OUT BURN OUT. Estar quemado, vaya. Te acabarán saliendo nódulos en la laringe. Deberías hacerme caso y utilizar la técnica Alexander. Mira, mira cómo me levanto de la silla. *(Demostración 2 ó 3 veces.)* Hazlo tú. *(Lo hace.)* Es fantástica. Alexander fue un actor de teatro australiano que padecía frecuentes problemas de voz. Un buen día, mirándose al espejo y reflexionando, comprobó que su postura corporal era un desastre. Estudió, abandonó la carrera teatral y se dedicó a enseñar a gente con problemas similares a los suyos. Hoy muchos miles (sobre todo músicos) la ejercitan para sus actividades profesionales y para su vida cotidiana... Otra técnica también muy recomendable es la de Jacobson. Trabaja grupos musculares. Mira, por ejemplo, para cuando se cargan los hombros.

Demostración de Profesor 1. Lo imita Profesor 2. Lo imita Óscar. Los tres a la vez varias veces.

También está la técnica de entrenamiento autógeno, la...

PROFESOR 2: Espera, que voy a por una jarra de agua y un vaso para que sigas con la conferencia...

¿Qué hora es? Cielos, las dos y media. Hoy sólo saldré media hora antes de tiempo. Estoy perdiendo las buenas costumbres. ¿No os conté el último? Le dice uno a otro: Eres un ludópata. No lo soy. Sí lo eres.

¿Qué te juegas a que no lo soy?... *(Los otros permanecen serios mirándolo.)* ¿Qué pasa? ¿No es bueno?... ¡Bah! Adiós.

PROFESOR 1: Yo también me voy... Y tú hazme caso. Esto acaba de empezar, así que tranquilo. Hasta el lunes.

ÓSCAR: *(Mirando a Profesor 2.)* El lunes espérame que te afeito yo. Traeré una cinta con la danza nº 5 de Brahms y ya verás qué imitación hago de Chaplin... aunque mejor afeito al gran dictador.

Óscar queda solo, pasea sin saber qué hacer, mira el reloj, coge la cartera y comprueba que tiene dentro la película.

Entra Rebeca.

REBECA: ¿Qué tal, Óscar? Recuerda que hoy tienes cita. Ocho y media.

ÓSCAR: Querrás decir ocho y medio. Pero... ¿tú cómo lo sabes?

REBECA: ¿Saber qué?

ÓSCAR: Que compré "Fellini, ocho y medio" esta mañana para verla hoy por la noche en casa. Por cierto: se pasaron con el precio.

REBECA: Pero, ¿no te acuerdas de la cena de hoy? Te dije por teléfono el lunes que el dueño de la tienda de discos de mi calle quería que fuéramos a su casa. Estrena piso y como tú eres muy aficionado a la música también, pues le hablé de ti. Ya verás, es muy buen conversador.

ÓSCAR: Yo, en realidad, soy aficionado al cine, siempre te confundes. La música me gusta pero...

REBECA: ¿No me dijiste una vez que habías estudiado varios años la trompa en Friburgo?

ÓSCAR: ¿Yo? Hombre... de adolescente soplé algo, eso es verdad. Cogí alguna trompa. No, no. Yo te dije que cuando vivía con mis padres en Burgos había pasado mucho frío. Después fuimos a vivir a Salamanca y estudié durante un par de meses la gaita escocesa.

REBECA: ¿La gaita escocesa en Salamanca?

ÓSCAR: ¿Qué pasa? ¿No se puede estudiar la gaita escocesa en Salamanca? ¿Está prohibido? Es como aquel que estaba encaramado a un peral comiendo higos y llega un amigo y le pregunta que qué está haciendo. Él contesta: estoy comiendo higos. ¿En un peral?, replica el otro. Y él añade: ¿Qué tiene de raro? Compré un kilo de higos y lo como donde me da la gana... Pero a los dos meses dejé la gaita escocesa.

REBECA: ¿Por qué?

ÓSCAR: Porque mis compañeros me llamaban soplaitas y además me subía un frío terrible por las piernas.

REBECA: No me digas que te hacían tocar con falda escocesa.

ÓSCAR: Pues sí. ¿Me imaginas con la gaita, la falda, y en Salamanca a 5 bajo cero? Después, me enteré de que había la posibilidad de practicar el triángulo. A mí me pareció un nombre muy sugerente y no lo digo en el sentido puramente geométrico... Pero resultó ser otro instrumento musical así que decidí poner fin a mis inquietudes artísticas. Ni trompista, ni gaitero ni triangulista... opté por seguir siendo onanista utilizando como partituras los comics de mi heroína favorita...

REBECA: ¿Quién era?

ÓSCAR: Druuna... ¡Qué mujer! ¡Qué bien dibujada estaba! ¡Qué curvas! ¡Qué medidas!

REBECA: *(Maliciosa.)* ¿Ya no es tu heroína favorita?

ÓSCAR: *(Avergonzado.)* Esto... bueno, uno va cumpliendo años... formando una familia...

Rebeca: *(Comprendiendo.)* ¿Y no se cela Pilar?

ÓSCAR: ¿De una mujer de papel? No... no creo... bueno, ella no sabe nada... Además: nos queremos mucho. No creo en la suerte pero yo la tuve al conocerla a ella.

REBECA: Bueno, no se hable más: a las ocho y media. También irán Megido y Luisa.

ÓSCAR: ¿El arquitecto y la pedante?

REBECA: No seas malo. Toma una tarjeta suya porque no me fio de ti. Tomaste nota de la dirección por teléfono pero a saber dónde lo habrás escrito.

ÓSCAR: En un palimpsesto.

REBECA: Menos mal que al menos recuerdas que te dije que vivía en un sexto. Estás mejorando. Además, tengo gana de ver a tu mujer. *(Coge su cartera y se marcha.)*

ÓSCAR: *(Vuelve a coger la película, meneando la cabeza, la guarda.)* Ésta también necesita caracoles. *(Sale.)*

En el salón, por lo demás convencional y parco en muebles, llama la atención una pizarra grande (puede estar en un trípode o colgada en una pared). Pili, su mujer, está haciendo un puzzle sobre la mesa, arrodillada en el suelo. Óscar, el hijo de 12 años, está tumbado en la alfombra mirando fotografías. Óscar padre está sentado en la butaca, en bata y zapatillas, leyendo un libro de cine.

ÓSCAR: Está bien este libro. Escucha: Chico está tocando al piano una pieza soporífera. Groucho, sentado junto con otros invitados en el salón de una gran mansión (por supuesto, propiedad de Margaret Dumond) haciendo gestos de aburrimiento y de fastidio. Fíjate:

Groucho: Cuando se acuerde de la canción, tóquela.

Chico: No me acuerdo del final. Groucho: Yo no pienso en otra cosa. Chico: Yo creo que me lo he pasado.

Groucho: Cuando llegue otra vez a él, sálteselo. Otra perla: Groucho a Margaret Dumond: “¿Recuerdas, querida, aquella noche en la Riviera? Yo bebí champán en tu zapato. Casi dos litros. Ese día llevabas plantillas”.

Genial.

PILAR: ¿Qué es?

ÓSCAR: Un libro de anécdotas, diálogos, citas... Ya sabes. Para picotear de aquí y de allá... *(Silencio.)*... Bueno, son las siete y media. Habrá que ir pensando en prepararse. Menos mal que el piso de ese José Manuel queda cerca y podemos ir caminando. Y tú a acostarte pronto, ¿eh? No aproveches para hincharte a ver la televisión... ¿Qué fotos son ésas?

NIÑO: Las de mi última carrera de patines.

ÓSCAR: ¿En qué puesto entraste?

PILAR: ¿Y a ti qué más te da? Nunca vas a verlo correr. ¿No me digas que te interesa conocer el puesto? El puesto es lo de menos. Lo importante es participar.

ÓSCAR: No, lo importante no es participar. Participar es una condición sine qua non para optar al triunfo. Si no se gana, lo importante, al menos, es no llegar el último ni abandonar a mitad de carrera.

PILAR: Y si hubiese llegado el último, ¿qué pasa? Alguien tiene que llegar el último.

ÓSCAR: Sí, pero convendría que se rotaran. Llegar el último siempre puede ser peligroso. Uno se acaba acostumbrando. Ve que no viene nadie por detrás y piensa: tengo el último puesto asegurado. Nadie me amenaza... Otros, en cambio, salen del trabajo siempre los primeros, como el caradura y el Alexander de andar por casa... Déjame ver alguna de esas fotos. *(El chico le acerca unas cuantas de mala gana.)*

ÓSCAR: ¡Entraste solo y haciendo la V de la victoria con las dos manos! ¿Ganaste la carrera?

NIÑO: *(Después de unos segundos.)* Entré en solitario precedido del resto.

ÓSCAR: *(Asombrado.)* ¿Y entras el último en plan campeón? Aquí tienes una expresión sorprendida.

¿Acaso te extrañaba que no se agolpase la prensa con los micrófonos para entrevistarte? ¿Buscabas las cámaras de televisión para dar un buen primer plano de tu mejor perfil?

PILAR: ¿Acaso no es bueno que el chico tenga una autoestima elevada?

ÓSCAR: Sí, claro. Éste no necesita manuales de autoayuda. Pero una cosa es tener alta la autoestima y otra ser un majadero. Y entrar el último en una carrera haciendo el gesto de la victoria es de majaderos.

NIÑO: Si tuviera mejores patines correría más.

ÓSCAR: Ya te dije que no. Son muy caros. Los que tienes son de sobra. Lo que te hace falta es sudar más la camiseta y comer menos chocolate.

PILAR: Eres muy buena persona, Óscar, pero eres un tacaño de tomo y lomo. Lo de tomo y lomo va por el libro y porque siempre vas por casa embutido en una bata.

ÓSCAR: Tengo que dar salida al despliegue de batas de tu madre. Hace años le daba por los pijamas de rayas. Ahora tocan las batas.

PILAR: Espero que se decida a cambiar el tipo de regalo para la próxima vez porque tu modelo de zapatillas es rompedor pero no porque vaya a la moda. *(Óscar se mira la zapatilla.)*

ÓSCAR: Es un agujero muy pequeño.

PILAR: Tienes razón. Yo que tú lo dejaría evolucionar. Así dentro de poco tendrás zapatillas de baño... después, sandalias y, forzando, forzando, acabarás utilizándolas como plantillas.

ÓSCAR: Muy graciosa... En fin, voy a afeitarme y me preparo en un momento. *(Se levanta y mira el puzzle.)*

¡Anda, pero si sale mi cara en este puzzle! ¿Cómo es posible? *(Lo toca.)* Al tacto parece cristal. Increíble.

¡Qué adelantos! *(Sale, se oye gritar a Óscar.)* ¿Habéis visto mi espejo del baño? *(Se miran la madre y el hijo.)*

NIÑO: Mamá, ¿estás segura de que es profesor?

¿Terminó la carrera?

PILAR: Creo que sí... precedido del resto, supongo.

Entra Óscar con espuma en la cara y sin decirles nada se dirige hacia la pizarra. Escribe: "Os he oído. ¿No sabéis distinguir una broma?"

PILAR: ¿Sabías que ya hay gente que tiene ordenador en su propia casa? Parece ser que lo de la pizarra ya está algo anticuado.

Óscar escribe: “Los nostálgicos resistiremos. Gracias por no decir obsoleto”.

El niño va hacia la pizarra. Escribe debajo: “Te quiero, papá”.

ÓSCAR: *(Emocionado, mirando al niño.) ... y yo también, unigénito... Bueno, basta de charlas... (Se dispone a salir para seguir con su afeitado.)*

NIÑO: Aunque estés obsoleto.

Sale Óscar meneando la cabeza tras detenerse junto a la puerta.

PILAR: Te voy a leer el cuento del que te hablé. *(Mira el reloj.)* Sí, da tiempo. Se titula “El vuelo del águila”. *(Lo coge de una estantería.)*

La mujer, sentada en un banco del parque, giró la cabeza y vio a un hombre con aspecto desconcertado, sudoroso y enormemente fatigado.

- Hola, buenos días, perdone, creía que estaba sola. ¿Hace mucho que llegó? - preguntó C.

- No, no, acabo de llegar- contestó el extraño, al que llamaremos Á.

- Pues qué despiste tengo, no lo vi... bueno, en fin..., es bonito este parque, ¿verdad?.

- Sí, sí, muy bonito. ¿Hace mucho tiempo que existe? - preguntó Á.

- ¿Quién? ¿yo? La verdad es que es usted original a la hora de preguntarle la edad a una mujer. Le advierto que yo no quiero dar la imagen de ser una persona cerebral por lo que nunca digo mi edad exacta sino una aproximación - disertó C.

- No, no, me refería al parque... es que no lo conocía.

- ¿Que no lo conocía? Pues es el mejor que tenemos. Supongo que no será usted de esta ciudad, entonces.

- Sí, sí soy, bueno, en realidad es que estuve fuera.

- Pues sí que tuvieron que ser muchos años porque está aquí desde hace más de treinta. Vaya, se está poniendo frío. Mire qué nubarrones se aproximan. Anda, ¿qué pájaro será aquél que vuela tan rápido?

- Es un halcón peregrino - respondió el individuo con seguridad.

- Me deja asombrada. Ser capaz a esta distancia de distinguirlo y además tan aprisa. ¿Es un experto en aves rapaces?

- Tanto como experto... - dijo Á. con modestia.

- En este mismo sitio en el que estamos había un colegio, ¿sabe usted? Yo tenía un compañero de pupitre que era muy aficionado a las aves. Se lo sabía todo. Un día estaba la profesora (no se me olvidará mientras viva) explicando los tipos de triángulos y, de repente, sin venir a cuento en absoluto, mi compañero se levantó del asiento y empezó a hablar de las diferencias entre el cernícalo vulgar y el cernícalo de primilla. La profesora (bastante gruñona, por cierto) lo castigó sin recreo. Recuerdo que en el aula quedamos todos impresionados. Yo quizá menos porque hablaba a menudo con él y lo conocía bien. Solía decir que le gustaría planear como el águila real con majestuosa envergadura y efectuar sus prodigiosos picados. Debería haber oído con qué énfasis

lo decía. Tendría que haber visto cómo se le iluminaba la cara al contarlo. ¿Lo estoy aburriendo?- preguntó C.

- No, no, en absoluto - respondió su compañero de banco.

- Pues lo que le estaba contando... Él quería volar y conocer muchos países. Le gustaban mucho las fotografías aéreas de grandes ciudades. En el patio del colegio teníamos unos juegos y había un caballito con alas. Yo le decía, para burlarme de él, que conocía un conjuro y que si lo pronunciaba ante el caballito podría hacer realidad su sueño. Fíjese, todavía recuerdo cómo era. Decía: "Estoy ante ti, Pegaso, agitando los codos por si acaso". ¿Qué tontería, verdad? Yo le decía que antes de pronunciar la frase debía flexionar los codos y apoyarlos en el vientre. Después, al decirlo, agitarlos hacia fuera y hacia adentro. Le garantizaba que si se concentraba podría volar. La verdad es que esos días nos reíamos de él viéndolo intentarlo una vez tras otra ante el Pegaso impulsándose para remontar el vuelo. ¿Y sabe lo que pasó? preguntó C. Pues resulta que el chico empezó a adelgazar (no es que estuviera gordo, aunque sí algo rellenito), se le afiló la nariz, fruncía mucho el ceño y caminaba muy tieso. No sé... estaba raro, parecía otro. Yo creía que era porque se estaba tomando demasiado en serio lo que le había dicho. El caso es que ese niño dejó de ir al colegio. La última vez que lo vi estaba ante el caballito alado y el celador del colegio le estaba advirtiéndole que iba a cerrar, que entraría un momento a comprobar la puerta del despacho del director y que se tendrían que ir. Yo cuando salía por la puerta del patio me sentía culpable, me daba pena aquel chico. Yo le había aconsejado que lo dejara, que era una broma pesada y que lo sentía. Eran las siete de la tarde. Lo recordaré mientras viva. Estaba frío, más o menos como ahora. El celador había entrado al colegio y aquel chico allí estaba plantado ante Pegaso y agitando los codos mientras pronunciaba las palabras mágicas. No lo vi más. ¿Qué habrá sido de él? ¿Se habrá marchado a vivir a otra parte? ¿Habrá muerto? Qué estúpida fui. Usted qué... C. se volvió para pedirle al vecino su opinión sobre aquella historia pero a su lado ya no había nadie. Hacía tiempo que estaba hablando sola sin saberlo. En el lugar que había ocupado el hombre había un pequeño papel. Parecía una nota con algo escrito. La cogió y leyó: "Gracias". C. apartó la vista de la nota y miró hacia los juegos infantiles del parque pensativa. Las nubes habían pasado de largo y puede que acabara brillando el sol, incluso. Miró hacia el cielo, sonrió y dijo: "De nada".

¿Te gustó?

NIÑO: Muchísimo, mamá. Pero... ¿cómo se llamaba el colegio?

PILAR: Pero, ¿qué más da cómo se llame el colegio? Bueno, ya sabes lo que te dijo papá con lo de ver la tele, ¿eh? Volveremos en seguida... Voy a prepararme.

Pilar sale y el niño se queda en el salón hojeando el libro de cuentos.

Salón del piso de José Manuel. Buena biblioteca. Una puerta que da a la calle. El salón está comunicado con la cocina. Varios objetos eróticos como decoración (culos, desnudos). Un buen equipo de música. Suena una versión del "Ombra mai fu" del Jerjes de Händel. Jose Manuel está sentado escuchando. Está solo. Acaba la pieza y suena el teléfono.

JOSÉ MANUEL: Menos mal que sonó después de acabar... ¿quién será? ¿Sí? Hombre, Luisa, ¿qué tal?...

¿No me digas? ¿Y fue mucho?... Claro, claro. Ahora, reposo y paciencia. ¿No había tenido otro ya?...

¡Cuánto lo siento! Yo hoy tampoco estoy muy bien. Noto como ardor en el estómago y como algo que me sube al pecho... No, no, no es habitual que sufra de ardores. ¡Yo qué sé! Últimamente estoy un poco nervioso... ya sabes, el negocio no va mal pero hay que estar pendiente de muchas cosas... los encargos al extranjero tardan más de la cuenta en llegar...en fin. Y tú, ¿qué tal en el estudio? ¿Ya presentó el proyecto del rascacielos? A ver si hay suerte... Bueno, que no sea nada lo de Megido... Como quieras. Aunque no puedas venir a cenar, déjalo con el pie a reposo y acércate tú sola a tomar algo. Adiós.

Revisa los discos junto al equipo de música una vez más. Mira el reloj. Pasea algo inquieto por el salón. Coge el teléfono.

JOSÉ MANUEL: Sí, mire, soy el que encargó una cena para ocho para las nueve para el sexto izquierda... Sí, sí, efectivamente, esa es la dirección. ¿Podrían eliminar lo correspondiente a dos personas? Es que me acabo de enterar de que seremos sólo seis... De acuerdo, muchas gracias. ¡Ah, una última cosa! La escalera es la posterior. Al fondo del portal. Es que la gente siempre se equivoca y después para acertar es un lío. Gracias de nuevo. Adiós, adiós. *(Suena el timbre.)* Hola Rebeca, sube.

REBECA: ¿Qué tal, José Manuel? Vaya salón, chico.

JOSÉ MANUEL: Vamos tirando. Tú tan guapa como siempre. ¿Vienes sola?

REBECA: El pesado de mi marido me dijo que nos veíamos aquí. Está con otro libro de anécdotas médicas muy liado. Lo dejé en casa escribiendo. Yo salí temprano para hacer unos recados. Me imagino que estará al llegar.

JOSÉ MANUEL: El anterior libro arrasó en las librerías, ¿no? Mira, mira, aquí lo tengo, para que no se diga que no presumo de amigos escritores. “¿Qué me aqueja, doctor?” ¿Éste de ahora cómo se titulará?

REBECA: “¿De verdad que estoy bien?”

JOSÉ MANUEL: Ya lo creo. Radiante. Estás radiante.

REBECA: No, no. Digo que se titulará: “¿De verdad que estoy bien?”

JOSÉ MANUEL: Je, je. ¡Qué tonto soy! Dame la chaqueta y el bolso y siéntate. Te prepararé algo de beber. El piso ya te lo enseñará Consuelo cuando llegue. Salió a media tarde. Dijo que iba a comprar velas para que la cena resultara más romántica. Menos mal que se olvida alguna vez del erotismo.

REBECA: ¿Sigue esculpiendo al mismo ritmo?

JOSÉ MANUEL: Ahora está a tope. Va a reventar. Ya sabes que no puede estar quieta. Adopta posturas cambiantes. Cansa pronto de lo mismo. Ella siempre dice que hay que probar cosas nuevas. Quizá tenga razón. Yo soy diferente... *(Va hacia la cocina para preparar una bebida.)* ¿Qué tal ves el comienzo del curso?

REBECA: *(Mirando las esculturas.)* Como todos los años... Según el director ya vamos mal de programa desde el primer día.

JOSÉ MANUEL: ¿Y qué opinión te merece Vicente como escritor?

REBECA: Ya se lo dije muchas veces. Me parece mediocre. Le reprocho el haber tenido tanta suerte. Vendió como rosquillas ese engendro... Odio las anécdotas médicas. Las encuentro aburridas, monótonas, sin ningún interés... Pero es literatura facilona y como el nivel medio de lectura en el país está como está, pues qué te voy a contar. Tú fijate: un paciente acude al médico porque le duele una rodilla. El médico le receta unos supositorios y él en vez de aplicárselos vía rectal los utiliza como si fuera un gel y frota con ellos la rodilla. Otra de supositorios: una mujer va al médico, le receta supositorios. Vuelve a los dos días la mujer a la consulta con expresión muy abatida y doliente. Resulta que se los aplicaba con la funda de aluminio. Lamentable. Y amenaza con escribir más de 300 páginas. ¿Te imaginas leer 300 páginas en ese plan todo? Espantoso. Pero parece ser que vende... ¡Qué culos!

JOSÉ MANUEL: *(Colocándole el vaso en la mesa.)* ¿Qué estás leyendo ahora tú?

REBECA: Pues una selección de textos de Schopenhauer sobre música. Me está gustando muchísimo. Coloca a la música en la cima de las artes... y a la arquitectura en último lugar... Estoy de acuerdo, mal que le pese a Méj. Schopenhauer dice que la música no se refiere a un objeto bello, o religioso, pongamos por caso, sino que expresa la belleza o la religiosidad... Tengo ganas de ver al arquitecto.

JOSÉ MANUEL: Sufrió un esguince de tobillo bajando las escaleras de su casa. Me avisó por teléfono hace un rato su mujer

REBECA: ¡Vaya, qué mala pata! Por cierto, ¿me permites que utilice el móvil? Vicente está tardando, como siempre.

JOSÉ MANUEL: Faltaría más. *(Se levanta y revisa los discos.)*

REBECA: *(Llamapero no obtiene respuesta.)* ¡Será cretino! Lo tiene desconectado.

JOSÉ MANUEL: Nosotros no lo utilizamos. Consuelo dice que no le gusta estar localizada. Dice que se siente vigilada. *(Suena el timbre.)* Subid, subid. La escalera es la posterior. Al fondo del portal tenéis los ascensores. *(A Rebeca.)* Ahí están Óscar y su mujer... ¿cómo me dijiste que se llama?

REBECA: Pilar.

Entran Óscar y Pilar, saludos rutinarios, percha, sofás.

JOSÉ MANUEL: Sentaros, por favor. En cuanto llegue mi mujer os enseñará el piso *(Pone un disco de FW.)* Así que Óscar es muy aficionado a la música según me dijo Rebeca... Tenía gana de conoceros.

ÓSCAR: Bueno, claro que me gusta... aunque lo normal, nada del otro mundo. *(Actitud algo avergonzada.)* A mí lo que me gusta de verdad es el cine, ¿a ti?

JOSÉ MANUEL: Tengo un trauma con el cine. De crío estudié en un colegio de monjas y nos ponían tres veces a la semana "Marcelino, pan y vino". Eso me marcó.

ÓSCAR: *(Contrariado.)* Vaya, cuánto lo siento. Esas cosas dicen que influyen mucho de mayores.

PILAR: A mí me pasa lo mismo con el vino tinto. Yo creo que es porque de niña vivía con mis padres en un edificio situado al lado de una bodega. El olor me parece tenerlo grabado en la pituitaria desde entonces.

REBECA: Bueno, Óscar, de todas formas las matemáticas tienen muchísimo que ver con la música...

(Segundos en silencio.)

JOSÉ MANUEL: *(Algo nervioso.)* Espero que os guste la cena... A mí me gusta cocinar, pero hoy recurrí a encargarla por teléfono. Sé que es un truco fácil, pero con la mudanza ando con la cabeza un poco mareada. Incluso tengo algo de dolor de estómago, lo que es rarísimo en mí.

REBECA: En cuanto llegue el pelma de Vicente diré que te recete algo... ¡Qué bien suena! ¿Quién es?

JOSÉ MANUEL: Un tenor alemán que cantaba como si fuera italiano. Para mí, el mejor de todos, el más grande. Un talento extraordinario: Fritz Wunderlich Wunderlich.

REBECA: No me suena de nada. A mí sacándome de los tres tenores...

JOSÉ MANUEL: Éste era muy superior. Era bueno incluso cuando fallaba. De todos los discos que tengo suyos, en un aria de la ópera Don Carlos, en un agudo con la vocal "e" hay un momento en que se produce, durante centésimas de segundo, una especie de trémolo. Es como un latigazo. Muchos quizá no lo noten aunque se fijen. Es algo casi imperceptible. A lo mejor, como curiosidad, grabo un disco con fallos de cantantes. Un cliente mío, muy aficionado, me dijo que en lo que a tenores se refiere, los años se dividen en ac dc, es decir, antes de Caruso después de Caruso. Yo le digo que ahora hay que decir www.

REBECA: *(Con malicia.)* Pero sobra una "w", ¿no?

ÓSCAR: Es para regularizar los términos.

PILAR: ¿Vive todavía?

JOSÉ MANUEL: *(Tras unos segundos, pesados.)* Por desgracia, no. Murió el 17 de septiembre de 1966, nueve días antes de cumplir 36 años.

PILAR: ¿Y de qué murió?

JOSÉ MANUEL: *(Con esfuerzo.)* Se mató porque cayó desde lo alto de una escalera. Era aficionado a la caza. Se encontraba descansando en el pabellón propiedad de un amigo. Desde que me enteré, hace ya algunos años, me obsesiona ese accidente.

REBECA: Pero, ¿cómo se arregló para caer?

JOSÉ MANUEL: Hubert Giesen, el pianista que habitualmente lo acompañaba en los recitales, y que, además de su profesor, se consideraba su padre adoptivo (tal era su amistad), lo cuenta en su autobiografía. FW estaba con otros invitados y familiares en el pabellón de caza de un amigo. Por la noche, todos se retiraron a sus dormitorios. FW se levantó de la cama, situada en la planta baja, se calzó los zapatos sin amarrar los cordones y subió a la biblioteca situada en el primer piso para coger un libro. Al volver al dormitorio, tropezó o pisó un cordón del zapato y para evitar la caída se agarró a un cordel grueso situado en la pared junto al pasamanos pero, con el peso, lo arrancó y cayó de bruces contra la piedra del suelo. Se golpeó la parte posterior de la cabeza. Perdió el conocimiento de manera instantánea... para no recuperarlo nunca más.

PILAR: *(Con gran tristeza y mirándolo tiernamente.)* ¡Qué terrible accidente!

JOSÉ MANUEL: Estaba en la cumbre. Pocas semanas después se iba a presentar en el Metropolitan de Nueva York. Su pianista, tras el último recital de su vida, el 4 de septiembre en Edimburgo, le dijo: “Has alcanzado la perfección. No sé qué más te voy a decir”.

ÓSCAR: (*Intentando desdramatizar.*) Pues le tenía que haber dicho, ya que lo quería como a un hijo, que se acordase siempre de amarrar bien los cordones de los zapatos.

PILAR: ¡Óscar! Ten un poco de sensibilidad...

REBECA: Tendré que tomar buena nota. Yo tengo la costumbre de subirme a una escalinata en la biblioteca de mi casa para coger algún libro de las estanterías más altas y utilizo unas zapatillas con unos lazos que siempre están sueltos...

JOSÉ MANUEL: Pues sí, Rebeca, ten mucho cuidado... Por culpa de esta obsesión, temo que mis amigos y familiares sufran algún accidente relacionado con escaleras, con libros, con cordones de zapatos... Es como si creyera que sobre mí y sobre las personas que quiero pesara una amenaza, una especie de maldición... sobre todo desde lo de mi hermana...

REBECA: No sabía que tuvieras una hermana...

JOSÉ MANUEL: (*Apesadumbrado.*) Sí... la tenía... Estudiaba canto. Era soprano. No se puede decir que fuese muy buena pero, a base de un enorme esfuerzo, había conseguido superar sus numerosas deficiencias. Llegó a cantar un papel secundario en una representación de “El Barbero de Sevilla”... Era de constitución débil. Vocalizaba casi constantemente. Trabajaba sobre todo las agilidades, los intervalos de quinta... hasta que sufrió el accidente en plena función.

PILAR: ¿Sobre el escenario?

JOSÉ MANUEL: Sí... pero en vez de caer por una escalera, lo que hizo fue subir, subir... y quedarse en lo más alto.

REBECA: No te entiendo.

JOSÉ MANUEL: Ejecutó una escala cromática ascendente perfecta. Cuando emitió la nota más aguda... decidió permanecer en la cima que tanto le había costado alcanzar... Los médicos dijeron que probablemente se le había roto un aneurisma cerebral, pero ellos no entienden de estas cosas... La mató la escala cromática.

(*Silencio.*)

REBECA: Pues yo también tengo una obsesión... Bueno, en realidad es un sueño recurrente: estoy intentando escribir una novela y en vez de verme ante una mesa con unas cuartillas y una pluma, aparezco vestida de payaso pero, en lugar de pasarme varias bolas de una mano a otra haciendo malabarismo, lo que lanzo son latas de conserva...

PILAR: Yo oí alguna vez que escribir y cocinar estaban muy relacionados.

JOSÉ MANUEL: Como las matemáticas y la música.

ÓSCAR: O como el culo y las tóporas...

PILAR: ¿Y cómo acaba el sueño?

REBECA: Cojo todas las latas, las meto en un carro de la compra y empiezo a correr...

ÓSCAR: Claro, normal. Al ser comida rápida...

JOSÉ MANUEL: Pues ese carro nos vendría bien para cenar hoy...

(*Silencio.*)

ÓSCAR: Por favor, José Manuel, ¿el baño?

JOSÉ MANUEL: Al fondo, a la izquierda.

Suena el timbre, José Manuel abre la puerta. Aparece un repartidor de pizzas. Óscar lo ve de la que va al baño.

REPARTIDOR DE PIZZAS: Buenas noches. Las pizzas. JOSÉ MANUEL: Pero... ¿qué es esto? Yo no he encargado pizza. Yo he encargado caracoles con coles de bruselas y filetes de culón de categoría especial supra con guarnición, para seis.

REPARTIDOR DE PIZZAS: *(Desconcertado.)* No lo entiendo... éste es el 6º izquierda anterior, ¿verdad?

JOSÉ MANUEL: No, no. Es el 6º izquierda posterior. Todo el mundo se confunde. Baje y tome uno de los ascensores del otro extremo del portal.

REPARTIDOR DE PIZZAS: Perdona, lo siento mucho.

JOSÉ MANUEL: No se preocupe. Adiós. *(Dirigiéndose a sus invitados tras cerrar la puerta acentuándose el agobio y la preocupación.)* Hoy parece que todo se tuerce: no viene mi mujer, no viene la cena, se lesiona el arquitecto... Voy a la cocina a preparar algo para tomar mientras tanto. *(Se lleva la mano al pecho.)*

REBECA: ¿Te pasa algo?

JOSÉ MANUEL: No, no, es simplemente un dolor de estómago. *(Pasa a la cocina.)*

REBECA: Y para una vez que necesitas un médico, el imbécil de mi marido sin aparecer.

Óscar vuelve del baño haciendo ejercicios de relajación y su mujer lo mira atónita mientras Rebeca vuelve a intentar llamar por el móvil a su marido.

PILAR: Pero, ¿qué haces?

ÓSCAR: Es una técnica de relajación que empecé a seguir hoy.

Se pone a mirar los libros de la biblioteca. Rebeca desiste nuevamente de llamar y se levanta a mirar las figuras eróticas del salón mientras Pilar, sin saber qué hacer entretanto, mira ora a uno ora a otro.

REBECA: Esta mujer es de un atrevimiento sorprendente. ¡Qué osadía! ¡Qué valor! Me gusta.

ÓSCAR: Oye, Rebeca. ¿Tú conoces algún psiquiatra competente para que le consulte?

REBECA: ¿Quién?

ÓSCAR: Yo.

REBECA: ¿Tú? ¿Por qué? ¿Tan mal te sentó el comienzo de curso? No creo que sea para suicidarse.

ÓSCAR: *(Todo el tiempo mirando los libros.)* No, no es por eso. Es que estoy convencido de que mi firma, de trazos tan verticales, está relacionada con el que me guste tanto contemplar los libros en las estanterías. Sobre todo como éstos: con cierto desorden, diferentes alturas, grosores, encuadernaciones. Parecen rascacielos de una gran ciudad; sin embargo, los cuatro que tenemos en el instituto son un pueblo fantasma del lejano oeste. Me recuerdan a las fachadas de "Solo ante el peligro". Éstos, a Manhattan.

REBECA: Entonces te interesará mejor un grafólogo. Seguro que tiene relación eso que dices. ¿Por qué elegimos una rúbrica y no otra entre tantísimas posibilidades? Tú que eres matemático sabrás decirme cuántas combinaciones de firmas puede haber, ¿no? ÓSCAR: *(Finge calcular.)* A

ver, déjame proyectar al éter insondables elucubraciones mentales. En un examen, un alumno escribió que la teoría de la relatividad quería decir que en la vida todo es relativo. Otro, que el principio de Heisenberg significa que no podemos estar seguros de nada. No sé si estaré al nivel de esas afirmaciones. Veamos, veamos... sí, ya lo tengo: dicho técnicamente, las posibles combinaciones, permutaciones y asociaciones de rúbricas son... la de Dios.

REBECA: Muy agudo... Pilar, ¿qué te parecen estas figuras?

PILAR: Yo reconozco estar algo anticuada en estas cosas. No me van mucho.

ÓSCAR: (*Fijándose ahora en las figuras también.*) ¿Sabéis en qué se parece el fuera de juego del fútbol a un “menage a trios”? En que salvo que te alejes mucho (y en ese caso pierde interés), el ojo humano no logra captar las dos posiciones simultáneamente. Por eso hay tantas polémicas en los partidos y por eso los pornógrafos onanistas viven en una permanente insatisfacción.

REBECA: Ahora que me acuerdo... leí el otro día en una antología de cuentos el más corto de la historia de la literatura. Se titula “Los hoyuelos viciados”.

¿Lo conocéis?

ÓSCAR: Yo, por lo menos, no tengo ni idea.

REBECA: Dice: “Cualquiera sabe si ella acabó embocándolo”. Seis palabras.

ÓSCAR: (*Malicioso.*) No está mal, no está mal...

REBECA: Óscar, no seas mal pensado que te veo venir. Se trata de una pelota de golf... o de una mujer engullendo, glotona, un pastel. O de una perra cazando al aire un hueso que le haya lanzado el dueño... un hueso, tal vez, de dinosaurio...

JOSÉ MANUEL: (*Entrando, algo recuperado, con más bebidas.*) Muy bueno, Rebeca... No sé qué hacer con lo de la cena. Está tardando demasiado... (José Manuel decide llamar por teléfono a la casa de comidas de encargo)... ¡Qué raro! No da llamada...

REBECA: No te preocupes más por la cena. Estamos charlando y pasándolo muy bien. Tú estás con dolor de estómago. Ya vendremos otro día que esté Consuelo. Tú hoy no te preocupes por nosotros. Todo está bien. Siéntate, anda.

JOSÉ MANUEL: (*Se sienta.*) Sois encantadores. (*Se levanta a poner otro disco de FW.*) Por cierto, Óscar, te oí antes hablar de los rascacielos y me acordé de Megido, un arquitecto amigo mío que iba a venir hoy con su mujer. Presentó al ayuntamiento un proyecto de construcción de un rascacielos de 69 plantas. Buen número, ¿no te parece?

ÓSCAR: O sea que habríamos sido ocho y medio.

REBECA: ¿Por qué ocho y medio?

ÓSCAR: Nosotros cuatro, tu marido, la mujer de José Manuel, el arquitecto, su mujer... y el repartidor de las pizzas... ¿No os fijasteis lo pequeño que era? Está claro que hoy no es un día propicio para el ocho y medio.

REBECA: Más bien es un día para jugar a las siete y media por el plantón que nos dio el energúmeno de mi marido.

Suena el timbre. Es Luisa.

JOSÉ MANUEL: Sube, Luisa. Bueno, se ve que dejó al herido bajo control y pudo escaparse un momento.

Saludos. Besos. Se levantan para saludarla.

LUISA: Hola a todos, ¿eh? Vine sólo para quedarme un átomo, como dicen los italianos. ¿Estaréis contentos de cómo os dejamos el edificio, eh? Vaya salón más ampuloso. ¡Qué aluminotecnia! Estará mal que lo diga, pero mi marido y yo formamos un buen réquiem. A este paso vamos a rivalizar con New York en rascacielos. Como recita nuestro lema: “Te pondremos por las nubes”. ¿A que no sabéis a quién se le ocurrió?

JOSÉ MANUEL: A ti, seguro...

LUISA: Eres un encanto... Megido and wife, ¿qué?

¿Sigue en pie el edificio que os construimos? Por

aquel entonces nuestras pretensiones eran más modestas: no más de quince pisos. 15 era el tope.

ÓSCAR: ¿Y ahora?

LUISA: Ahora nos dedicamos a presentar el 69 que hicimos juntos.

Todos se miran con malicia.

REBECA: Un número muy significativo...

LUISA: Oye, vaya decoración más atrevida... cuanto... gluteo (*sin acento*) es un follé (*foyer*) muy acogedor... ¿Qué tal, Rebeca? Hace tiempo que no vas por el estudio a hacernos un rendivu. Seguimos diseñando lo mejor para interiores, ya lo sabes...

REBECA: Cuando ahorre un poco, porque cobrando lo hacéis bien.

LUISA: ¡Qué exagerada!

JOSÉ MANUEL: ¿Qué tal está Megido con el tobillo?

LUISA: All right, all right. Desinflamativos, escayola y pie en alto.

REBECA: ¿Cómo fue el accidente?

LUISA: Pues al salir de casa, como tiene la manía de estar siempre con un libro, pues retorció un pie en un escalón. Estaba visto... ¿conocéis a alguien que salga de casa leyendo un libro? Tarde o temprano le tenía que ocurrir algo así. Era una espada de Demóstenes sobre su cabeza... ¿o era Demócrito?

ÓSCAR: (*Con sorna.*) No, era Androcles... ya sabes, el de Androcles y el león... Él hacía de Androcles; el león creo que era el de la metro.

LUISA: A este paso va a acabar metiendo un pie en un pozo como le ocurrió a Cuales de Amuleto.

REBECA: ¿A quién?

LUISA: A Cuales de Amuleto. Sí, mujer, el que escribió las fábulas de Hisopo.

ÓSCAR: (*Hablando para sí.*) Esto, Eso, Aquello, Lo del más allá, Tales, Cuales...

REBECA: ¿De Hisopo?

ÓSCAR: Un momento. Las fábulas de Hisopo las escribió un autor griego llamado Fábulas. (*Burlándose de Luisa.*)

REBECA: *(Siguiendo la burla.)* Oye, Luisa, y el Cuales de Amuleto, ¿qué llevaba colgando?, ¿un símbolo fálico de apache... digo de azabache?

LUISA: A grosso modo no lo sé con precisión milimétrica...

(Silencio.)

ÓSCAR: ¿Callas? El que calla... Astorga.

LUISA: Ahora que hablas de Callas. Hace un mes estuvimos Megido y yo viendo las Termas de Caracallas.

ÓSCAR: No lo puedo creer: eso se parece vagamente a una asociación de ideas. *(Hablando para sí.)*

LUISA: ...Fastuosas, magníficas, rutilantes...

JOSÉ MANUEL: *(A lo suyo.)* Hablando de Callas. Óscar, tú que eres matemático: cuando debutó Montserrat Caballé en el Metropolitan de Nueva York, un crítico dijo: Callas + Tebaldi = Caballé. ¿Qué puedes decir al respecto?

ÓSCAR: Yo no soy un entendido en ópera como tú... Hombre, si el resultado viene dado en kilos, me imagino que será verdad. Por cierto, ¿a que no sabéis cuáles son las medidas de una cantante de ópera?

JOSÉ MANUEL: ¿Cuáles?

ÓSCAR: 90 60 90.

REBECA: ¡Anda ya!

ÓSCAR: Sí, en serio. La otra pierna, también.

(Risas.)

LUISA: Veo que sigues contando chistes muy buenos ¿Cómo era aquél del obispo?

PILAR: Ni se te ocurra Óscar, que es una guarrada.

REBECA: Yo no lo conozco, cuéntalo.

ÓSCAR: Es una tontería: una pareja está haciendo el 69 y de repente uno de ellos dice: “el obispo de Cuenca se ha matado en un accidente de tráfico en la comarcal 622”. El otro, sorprendido, le replica: ¿Pero por qué te acuerdas ahora de eso? Y le responde: es que lo pone el periódico.

(Risas.)

LUISA: ¿Y Consuelo? ¿No está?

JOSÉ MANUEL: *(Cabizbajo.)* Salió por la tarde a comprar velas y aún no ha vuelto... No sé, ya la conoces, es una mujer imprevisible.

REBECA: ¿Y qué tal se lleva eso de ser la secretaria de un arquitecto famoso?

LUISA: La verdad es que tenemos muchísimo trabajo. Estamos casi continuamente viajando por el extranjero. De hecho, como podéis comprobar, no puedo evitar hacer un potaje de términos extranjeros cuando hablo... Parezco una torpemodel con tanta pasarela mecánica en los aeropuertos. Un día se me enganchó un fleco de un zapato en una ranura y casi me mato. Esas escaleras siempre me parecieron muy peligrosas.

ÓSCAR: ¿Un qué dijiste antes?

REBECA: Yo entendí un potaje. ¿Dijiste eso, Luisa?

LUISA: Eh... yes, digo oui. Se escribe “potaje” pero se pronuncia “potass”.

ÓSCAR: O sea que si algún día te dedicas a la política puedes llegar a ser menestra, ¿no?

JOSÉ MANUEL: Bueno, ¿qué? ¿no tomas una copa con nosotros?

LUISA: Pero sólo cinco minutos porque si no vuelvo pronto me riñen en casa. *(Risas.)* Si me dices dónde está el minibar yo misma me lo prepararé.

JOSÉ MANUEL: *(Se lo indica.)* Ahí está. Todo tuyo...

José Manuel pone otro disco de FW. Suena un rato la música. Luisa se sienta en un sofá con la copa. Acaba la canción.

LUISA: ¡Qué bonito! Es de un lirismo quintaesenciado.

ÓSCAR: *(Atónito.)* ¡Nefertiti! REBECA: ¿Por qué dices Nefertiti? ÓSCAR: ¡Oh, por nada, por nada!

LUISA: ¿Os importa que me descalce un momento? Estos tacones de vértigo me matan los pies.

JOSÉ MANUEL: Pues yo soy callista, si quieres te echo una mano.

REBECA: ¿Callista?

JOSÉ MANUEL: Es una broma tonta que digo a menudo. Es que en el segundo tiene una consulta un podólogo y yo como soy un fanático de María Callas, pues digo que soy callista.

(Risas.)

LUISA: Hablando de callos, ¿ya cenasteis?

JOSÉ MANUEL: Calla, no me hables. Hoy hacemos ayuno forzado. Encargué la cena por teléfono, vino un repartidor de pizzas..., el caso es que nos quedamos sin cenar. De todas formas, no vi al personal con mucho interés hacia la idea de cenar y eso que había encargado caracoles con coles de Bruselas que me dijeron que estaban muy bien.

Rebeca está mirando uno de los culos.

LUISA: Ese cagó.

ÓSCAR: Poincaré.

REBECA: *(Atónita, mirando el culo.)* Pues lo limpiaron bien. No se ve ningún obispo.

LUISA: A mí me chiflan los “ese cagó”. Una vez, en Machachachuches, en un restaurante de tres tenores, los probé con almejas. Estaban de vicio.

ÓSCAR: No me extraña, Poincaré, digo Penelopé, digo Luisa.

LUISA: En otra ocasión, en un viaje a *(Óscar se levanta con la técnica Alexander y hace movimientos con los hombros.)* Culombia... uy, perdón, a Colombia, quiero decir... cenamos de primero sopa de tortuga y de segundo “ese cagó” con pepinos, nabos y mollejas. Fue algo increíble.

REBECA: Te creo. *(Irónica.)* Supongo que la sopa de tortuga la tomarías lentamente, ¿no?

LUISA: Pourquoi?

REBECA: Paso

ÓSCAR: ¿No dijiste sopa?

REBECA: No. Me estaba acordando de Alfonso Paso.

ÓSCAR: Prefiero a José Afonso.

REBECA: ¿Sin la “I”?

ÓSCAR: En este caso no es necesario regularizar los términos.

LUISA: En otro viaje, esta vez a Roma, los cenamos en las escaleras de la plaza de España con espaguetis. Después nos apeteció ir a una piscina. Tuve un corte de digestión y casi me muero.

Óscar insiste en las técnicas de relajación.

PILAR: Pero, ¿qué haces?

ÓSCAR: Es una técnica de relajación que aprendí hoy. Se llama Romalson Alexanderplatz o algo así. *(Irónico.)* Me estoy acordando de una de mis escenas favoritas de “Ladrón de bicicletas”. El pobre obrero entra con el niño en la casa de una pitonisa para preguntarle si encontrará la bicicleta. Espera turno porque hay bastantes personas para consultar. Cuando le hace la pregunta, la pitonisa contesta: “Si no la encuentras pronto no la encontrarás nunca”. Él insiste para que sea más concisa y le vuelve a decir: “Si no la encuentras pronto no la encontrarás nunca”. La pitonisa hace un gesto a su ayudante y da a entender, con una leve mirada de soslayo al obrero, que tiene que pagar, que la consulta ya se acabó. Es extraordinario.

LUISA: ¿Y cómo se llamaba la pitonisa? ÓSCAR: *(Desconcertado.)* ¿Y eso qué más dará? *(Pausa.)*

LUISA: Bueno, chicos, me tengo que ir sintiéndolo mucho. Mis deberes conyugales me reclaman.

Todos: Te creemos.

LUISA: Yo también os quiero.

ÓSCAR: *(Aparte.)* Otra que necesita caracoles.

Luisa se va. José Manuel vuelve a comprobar los discos de FW.

JOSÉ MANUEL: Me habría gustado preguntarle al arquitecto por el tipo de escalera de incendios que diseñaron.

REBECA: ¡Qué obsesión con las escaleras!

JOSÉ MANUEL: Sí... ¿desde qué altura habrá caído?

¡Qué desgracia más terrible! Daría cualquier cosa por saber qué libro quería coger en la biblioteca.

REBECA: Desde eso ya han pasado muchos años. No tiene sentido pensar en ello como tú haces. Déjalo estar. Las cosas son así y no se puede hacer nada. No tiene remedio. Pero te quedan sus discos, ¿no?

JOSÉ MANUEL: Sí... Mira: éste es el de su último recital. Lo dio el cuatro de septiembre, trece días antes de morir. Se oyen los aplausos, las toses. Este tipo de discos tiene mucho encanto... Concedió cuatro propinas. Tras presentar la última de ellas el público se ríe con ganas. No logro entender lo que dice... Entre tanta gente, ¿nadie intuyó o sospechó que un espantoso peligro lo esperaba apenas dos semanas después? ¿Nadie tuvo las suficientes luces o la sensibilidad para notar algo?

ÓSCAR: Eso es imposible, José Manuel, y tú lo sabes.

REBECA: Pushkin estaba convencido de que el que va a morir lo nota. Siente algo inefable. Es como si captara el aliento de la muerte tras de sí... pero eso no es más que literatura.

(Silencio prolongado.)

JOSÉ MANUEL: Quién sabe... contra la fuerza del destino no hay nada que hacer. Quizá nos comportamos, sin ser conscientes de ello, en los momentos previos a nuestro final, de manera distinta a como solemos. Quizá se trata de una sensación que, por nueva, no conseguimos denominar con los nombres a que estamos acostumbrados en la vida cotidiana. Evidentemente, no puede haber testimonios que nos aclaren esto... Quizá este ardor que noto hoy es una advertencia de mi inminente final.

REBECA: ¡Qué macabro eres, José Manuel! Tómate un antiácido y verás cómo se te pasa.

PILAR: Óscar no cree en esas cosas, pero yo pienso que todos tenemos un destino, que nuestra hora está prefijada y que no podemos hacer nada por evitarlo... Óscar dice que es la casualidad, que son coincidencias pero yo digo que todo está escrito. Es como si alguien moviera nuestras vidas con unos hilos como si fuéramos marionetas.

REBECA: Óscar, por alusiones, ¿no tienes nada que decir? Se te acusa de cargos graves...

ÓSCAR: Ella ya sabe que yo soy positivista. Me dice que soy demasiado literal... Recapacita sobre lo que acaba de decir: "Todo está escrito". ¿Cómo lo sabes?

¿En qué idioma? ¿Con qué tipo de letra? ¿Y por qué no va a estar grabado en vídeo? ¿Quién o qué lo escribió?... ¡Guerra a las supersticiones! ¡Abajo la metafísica! ¡Compondré una oda a la tabla de multiplicar! ¡Las derivadas tendrán un canon! ¡El logaritmo neperiano, una sinfonía! *(Malicioso y mirando a los otros.)* Y las matrices... ¡¡una zarzuela de caracoles de Bruselas!!

REBECA: Entonces, te gusta Hume, ¿verdad?

ÓSCAR: Ya lo creo que sí. "Todo libro que no se refiera al número o a la cantidad o al resultado de la observación debe ser arrojado al fuego." ¡Qué gran frase! La tengo en un cartel tras mi mesa de despacho en el instituto... Billy Wilder tenía enfrente de su mesa en los estudios la frase: "¿Cómo lo haría Lubitsch?" Yo, un día de estos pondré: "¿Cómo lo diría Hume?" PILAR: Yo creo que todo lo que nos sucede es fruto de un plan...

JOSÉ MANUEL: *(Con la vista perdida.)* ¿Por qué no se fijó en los cordones de los zapatos? ¿Qué necesidad tenía de levantarse de la cama para ir a por un libro?

REBECA: La verdad es que resulta inquietante...

JOSÉ MANUEL: *(Ido.)* Tenía el mundo a sus pies... Murió a la misma edad que Mozart... su compositor preferido... Tuvo que ser por algo...

ÓSCAR: Pamplinas.

REBECA: Ya surgió el matemático. ¿Por qué han de ser pamplinas?

ÓSCAR: Pero si yo me refería a Buster Keaton, es decir, Pamplinas según lo bautizaron en España allá por los años... hace muchos años. Me acordé de él porque me parece que se me está poniendo un rostro trágico como el suyo con esta conversación.

PILAR: Pues a mí me parece muy interesante, Óscar. Atenúa tu propensión a reventar diálogos.

ÓSCAR: ¡Qué frase! A este paso vas a acabar deletreando la palabra quintaesenciado.

REBECA: En cualquier caso, el cerebro humano es un gran desconocido.

ÓSCAR: Por lo tanto, hablemos, si no queremos decir tonterías, sólo sobre la parte conocida... que ya es suficientemente complicada. De hecho, la mente de la mayoría de mis alumnos es para mí una incógnita que no consigo despejar.

REBECA: Si estuviera aquí Vicente diría que el dolor del infarto de miocardio es una sensación de muerte inminente... Parece que lo estoy oyendo.

ÓSCAR: Cuando no habla de medicina, ¿de qué habla?

REBECA: De nada. Bueno, sí, también habla de fútbol y de coches. Precisamente hoy, estrena coche. Un porsche hortera a más no poder... José Manuel, volviendo a lo de antes, ¿por qué no procuras olvidar ese accidente del tenor por una temporada? Me parece que te lo estás tomando demasiado a pecho y puedes acabar enfermado. Te lo digo como amiga.

JOSÉ MANUEL: Me temo que ya es demasiado tarde. De hecho estoy pensando hacer una cosa que incluso a mí me resulta... no sé cómo decir. Bueno, es igual.

PILAR: ¿Qué cosa?

JOSÉ MANUEL: Me da hasta vergüenza decirlo... Estoy pensando grabar en un disco todas sus respiraciones.

REBECA: ¿Qué?

JOSÉ MANUEL: Sería una manera de revivirlo... En cierto modo... al oírlo respirar varios minutos parecería estar... sería como si no hubiera muerto... al menos no tal como entendemos nosotros la muerte.

REBECA: Uy, uy... José Manuel, qué mal te veo. Hablaré muy seriamente con Consuelo para hacer desaparecer esos discos hasta que te recuperes...

(Silencio.)

REBECA: Con vuestro permiso, voy a llamar otra vez a Vicente ¿dónde se habrá metido? No lo entiendo...

JOSÉ MANUEL: Óscar, ven al despacho mientras tanto. Tengo en el ordenador unos catálogos de bandas sonoras que te pueden interesar.

ÓSCAR: Pues vamos a verlo... *(Se levanta y salen los dos.)*

REBECA: Desconectado... *(Pilar mira esculturas, entretanto.)* A ver si está en casa... *(Llama.)* ... Nada.

PILAR: *(Intentando animarla, ya que la ve pesarosa.)*

¿Qué leíste últimamente, Rebeca?

REBECA: Acabé la semana pasada el Ulises, de Joyce.

PILAR: ¡No me digas! ¿Es tan bueno como dicen? REBECA: Era la quinta vez que lo intentaba. Me dije: ahora o nunca. Recuerdo que la primera ocasión en que lo abrí, hace años, cerré los ojos y señalé con un dedo una palabra. Abrí los ojos y allí estaba: culo. Días después, volví a poner en práctica el juego y le tocó a la palabra orinal.

PILAR: Dicen que es muy escatológico.

REBECA: Yo diría escatológico... No sé. Borges admitió no haberlo leído entero pero sí lo suficiente como para hacerse una idea. Lo ilustra con una de sus brillantes metáforas: decía que era como callejear por el casco antiguo de una ciudad: no es necesario recorrer todas las callejuelas para poder darlo por visto. Yo, en cambio, lo leí entero y no tengo ni idea de lo que leí.

PILAR: ¡Ya será menos!

REBECA: No te creas. Eso de los tres planos (consciente, subconsciente y realidad), el monólogo interior, etc. no me extraña que se le atragante a la mayoría... ¿Y tú? ¿Qué lees?

PILAR: Últimamente, apenas nada. Estoy haciendo puzzles.

REBECA: Es verdad. Un día me dijo Óscar que habías hecho uno de 12.000 piezas.

PILAR: Sí. Es uno de la gran muralla china... pero ahora los hago de 1.000 ó 2.000. Son más manejables. Disfruto sentada en el suelo buscando piezas sobre la mesa del salón, los tres juntos, oyendo cómo se toman el pelo padre e hijo (yo lo llamo ceremonia de los Óscars). Me relaja. Me permite pensar en otras cosas... Tengo varios por hacer...

REBECA: ¡Cómo te envidio! Nosotros apenas nos vemos por la mañana; él en la consulta; yo, en el instituto, y por las tardes liados siempre con uno o con otro... y sin hijos... Teníamos que haber tenido al menos uno pero decíamos que nos iba a suponer un estorbo, quisimos seguir con nuestra vida pero el tiempo va pasando, y al final, te arrepientes...

PILAR: Y este amigo tuyo, ¿no tiene tampoco?

REBECA: No, tampoco. Él adora a los niños pero ella...

PILAR: ¿Cómo es su mujer?

REBECA: No es mala persona, sólo que... es muy independiente, le gusta vivir a tope... Bueno, ya ves. (*Señala las figuras.*)... Antes le daba por pintar. Eso me lo dijo él porque tampoco hace mucho que nos conocemos... Es frívola, inestable, parece siempre con prisa... Es como si temiera morir joven y no tener tiempo a disfrutar de la vida... Un día fue a la consulta de Vicente, no hace mucho, porque estaba muy nerviosa...

Entran Óscar y José Manuel.

ÓSCAR: Rebeca, tu amigo es encantador. Me regaló la banda sonora de "Los intocables de Elliot Ness"... Debió de costarle un dineral...

REBECA: Déjame ver... Me gustó mucho esa película... (*Coge el disco.*) Ah, la famosa escena del tiroteo en la escalera de la estación central de Nueva York... ÓSCAR: Bueno, va a haber que ir pensando en marchar.

José Manuel se dirige a su santuario: los discos.

PILAR: ¿Tenía hijos, tu tenor?

JOSÉ MANUEL: Tenía tres hijos pequeños. Dos varones. La niña sale con él en alguna foto dentro de la caja del disco. Se llama Bárbara. Tendrá unos 40 años ahora... Si yo tuviera una hija me gustaría que se llamase así, Bárbara... Pero mi mujer no quiere tener hijos. Quiere vivir la vida exprimiéndola al máximo. No sé... Pilar, tú apenas dijiste nada en toda la noche, ¿tenéis hijos?

PILAR: Sí, uno de 12 años.

JOSÉ MANUEL: ¿Cómo se llama?

PILAR: Óscar, como su padre.

JOSÉ MANUEL: Eso está bien. Seguro que formáis una familia feliz.

PILAR: Sí, la verdad es que, aunque discutimos a menudo, nos queremos mucho. *(Mira el reloj.)* Hace pocas horas que lo dejamos en casa y ya estoy deseando volver para verlo. Debe de estar ya durmiendo. Tiene un sueño conflictivo. Siempre lo arropo bien para que no se enfríe.

JOSÉ MANUEL: Pues tenéis que marcharos, Pilar. Lo primero es lo primero.

ÓSCAR: *(Cabizbajo.)* Ha sido una velada extraña, accidentada, pero muy agradable, José Manuel. Nunca la olvidaré.

JOSÉ MANUEL: Yo tampoco.

Se ponen las chaquetas y abren la puerta. Óscar se da cuenta de un paquete que lleva en la chaqueta.

ÓSCAR: Seré torpe. Pero si te traía un regalo y no me acordé de dártelo. Toma, aunque sea a destiempo. No sabía que odiabas el cine. Ni que te obsesionaban las escaleras. De haberlo sabido...

JOSÉ MANUEL: Déjame ver... “El acorazado Potemkin”, de Eisenstein. La veré. Seguro que me gusta. *(Se despiden, José Manuel permanece a la puerta.)* ¿No tomáis el ascensor? Bien, bien. Dadle un beso a Óscar de mi parte. *(Cierra la puerta.)*

REBECA: *(Triste, se levanta.)* José Manuel, yo estoy preocupada, será mejor que me marche. ¿Necesitas algo? ¿Quieres que busque una farmacia?

JOSÉ MANUEL: No, no, márchate tranquila. Ya se me pasó el dolor de estómago. *(Se dan un abrazo.)* Nos vemos. Adiós.

José Manuel va a la mesa y recoge los vasos y las botellas. Pone el disco del último recital de FW. Sigue recogiendo.

Salón de casa de Óscar a la mañana siguiente: la mujer con un puzzle sobre la mesa, Óscar con su bata, sus zapatillas y su libro y el chico jugando en el suelo con un muñeco de ave rapaz.

ÓSCAR: Fíjate: Murnau, un gran director alemán que hizo obras magníficas como “Amanecer” y “El último”, murió en un accidente de tráfico a los 40 años de edad. Iba con un amiguito al lado. Parece ser que encontraron los cuerpos en una posición muy comprometida. *(Mirando con malicia a la mujer.)*

(Silencio.)

ÓSCAR: ¿Qué puzzle estás haciendo esta vez?

PILAR: Es la reproducción de un cuadro que toda la vida me impresionó: “El grito”, de Edward Munch.

ÓSCAR: A ver... *(Lo mira detenidamente.)*

PILAR: Es fantástico. Y el título es muy elocuente. No lo tituló “Alguien que grita” o “Mujer gritando”. Logró plasmar el grito en sí mismo. El desgarró estremecedor. Nunca sabremos por

qué grita pero estamos convencidos, al poco de contemplarlo, de que algo terrible le sucede. Ni siquiera parece haberle ocurrido una desgracia tal como entendemos nosotros las desgracias. Parece más bien algo más profundo, algo que lleva consigo, algo...

ÓSCAR: Una especie de patetismo quintaesenciado.

PILAR: Quinta, ¿qué?

ÓSCAR: Quintaesen... Déjalo. No importa. Este cuadro, desde luego, te gusta.

PILAR: Algo así, más atenuado desde luego, me pareció notarle al amigo de tu compañera. Ese aire más bien taciturno, su obsesión con el accidente del tenor, su resignación ante el plantón de su mujer, no sé... parecía un esquiador sorteando los obstáculos cuando caminaba por el salón entre las esculturas de ella.

ÓSCAR: El viernes apenas hablaste en su casa. Se ve que lo tenías reservado para hoy, ¿no?

PILAR: No te burles. Ya sabes que no me siento cómoda en ese tipo de reuniones. Soy una simple ama de casa. La gente erudita me acompleja. Cuando Rebeca mencionó a aquel escritor... bueno, no recuerdo quién era...

ÓSCAR: Pushkin... y de simple, nada. Eres cualquier cosa menos simple.

PILAR: Bueno, pues ése... Dijo que estaba convencido de que cuando alguien está a punto de morir lo nota, lo intuye, se aprecia algo raro en su comportamiento... José Manuel, tras decir no sé si tú o ella que eso era imposible, contestó "Quién sabe"... Lo dijo de una manera que me asustó. Noté un escalofrío... Y después está lo que dijo de su ardor de estómago: que quizá era una advertencia de su inminente final.

ÓSCAR: A mí me impresionó la pena que sentía por no haber tenido hijos. Cuando nos marchamos nos miraba con una tristeza infinita. (*Miran los dos hacia su hijo, que sigue jugando con el ave.*) ¡Qué pájaro más impresionante, chaval!

NIÑO: No es un pájaro, papá. Es un cernícalo de primilla.

ÓSCAR: ¡Vaya nivel!

NIÑO: Es que soy un experto en aves rapaces.

Suena el teléfono y lo coge Pilar.

PILAR: Hola, Rebeca, ¿cómo estás...? (*Silencio prolongado.*) Lo siento muchísimo... no sé qué decir... Sí, ya se lo digo yo. (*Cuelga.*)

ÓSCAR: ¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara?

PILAR: (*Dirigiéndose hacia el niño.*) Vete a tu habitación, cariño, tengo que hablar con tu padre.

Sale.

PILAR: Esta madrugada aparecieron muertos el marido de Rebeca y la mujer de José Manuel. Iban en el coche del médico y parece ser que se desprendió la escala de un camión de bomberos. Ellos estaban aparcados. Murieron de forma fulminante. La escala entró por el parabrisas. Tuvo que ser espantoso.

(Silencio.)

PILAR: ¿No vienes a la cocina? Voy a preparar la cena...

ÓSCAR: (Abatido.) Eh... vete tú. Yo voy enseguida.

Pilar sale. Óscar pasea pensativo sin saber qué hacer. Finalmente, va hacia la pizarra, coge una tiza y se pone a escribir.

ÓSCAR: Razones... (Le cuesta empezar a escribir.) Ra-zones por las que, pese a todo, sigue mereciendo la pena vivir... (Esto lo dice sin escribir nada. Empieza a escribir.) Groucho Marx... (Sí: Groucho Marx sigue siendo un buen comienzo) ... Woody Allen... las cervezas belgas... los fados... Bertrand Russell, Lu-crecio, los positivistas, Cary Grant, Greta Garbo, Ma-rilyn, los espaguetis a la carbonara, ... Druuna..., "El árbol del ahorcado", De Sica, Fritz Lang, el Chrysler Building, los cuadros de Hopper, ... los frixuelos... Pilar... mi hijo... Sí: Pilar y mi hijo... Estar los tres juntos... poder abrazarlos... reír con ellos... (Dejan-do la tiza y cabizbajo.) Pobre Rebeca... qué terrible des-gracia... qué asco de vida.

ÓSCAR: Pues hoy volvió a dárselas de graciosa. Estaba hablándoles de Pitágoras, la armonía de las esferas, el número, en fin... y va ella, levanta la mano, y pregunta si les voy a prohibir comer alubias durante todo el curso. No sé si lo sabéis pero Pitágoras prohibía a sus discípulos el consumo de alubias. Le dije que no, pero al final de la clase la cité para entrevis-

ÓSCAR: ¿Cómo dijiste?

PROFESOR 1: *(Desconfiado y lentamente.)* Vo..ta..clos

ÓSCAR: No lo conozco.

PROFESOR 2: ¿A quién?

ÓSCAR: A Clos. ¿A qué elecciones se presenta? Vota Clos... *(Mofándose.)* No caigo. En todo caso, en vez de wc será www.c para ir con los tiempos.

Óscar los mira y menea la cabeza.

PROFESOR 1: Instrumento musical de seis letras que empieza por "V".

ÓSCAR: Clarín.

PROFESOR 1: "Clarín" no empieza por "V", ¿qué dices? Primera letra del alfabeto griego: alfa. Última

letra del alfabeto griego: omega. Reverso de moneda... cuatro letras... acabada en zeta... *(Piensa.)*

ÓSCAR: ¡Qué cruz!

PROFESOR 1: De cuatro, tú dijiste siete... Ya lo tengo: cruz. Seguidor de Onán...

ÓSCAR: El gran masturbador.

PROFESOR 1: No cabe.

ÓSCAR: Tiene que caber porque seguro que la tiene pequeña.

PROFESOR 2: ¿El qué?

ÓSCAR: La escalera, hombre, ¿qué va a ser?

PROFESOR 1: Te juro que no te entiendo... última comida del día. ¡Qué fácil!: cena. Parte anatómica donde termina la espalda... culo. ¡Qué cachondos son éstos!

PROFESOR 2: Hablando de culos... ¡vaya tragedia lo del marido de Rebeca! Al parecer estaba pegándose el lote con otra. Es increíble. ¡Qué casualidades hay! Los bomberos habían acudido a sofocar un incendio en un local de comida a domicilio, ellos estaban dentro del coche y, sin saberse cómo, la escala de madera se incrustó en el parabrisas. Yo no sé por qué no acordonaron la zona.

Silencio. Óscar sonríe ampliamente y se dispone a marcharse.

PROFESOR 2: ¿Te ríes? No tienes sentimientos.

(Pausa.)

ÓSCAR: Soy matemático. *(Muy serio y pensativo mirándolo fijamente.)*

PROFESOR 2: ¿Pero por qué te reíste cuando dije eso?

Nueva pausa.

ÓSCAR: Es que cambié de técnica de relajación. Ahora me río en defensa propia o a pesar de todo si lo prefieres decir así. Adiós. *(Sale cabizbajo.)*

PROFESOR 2: Se estaban dando el lote y los decafitó la escalera de un camión de bomberos. ¡Qué horror! Y va ése y se ríe. Increíble. Bueno, ahí te quedas con tu crucigrama... Por cierto, ¿qué dice la información meteorológica?

PROFESOR 1: *(Busca en el periódico.)* A ver: "Anticiclón en las Azores. Cielos parcialmente despejados en la mitad norte peninsular y moderadamente cubiertos en la mitad sur con neblinas matinales y estratocúmulo cirros nimbos dispersos de forma asaz heterogénea a la par que difusa. Un calor de la Virgen".

PROFESOR 2: O sea que los caracoles pueden sacar los cuernos al sol... ¿Y qué dice mi horóscopo?

PROFESOR 1: *(Lo mira reprochándole su pesadez.)* ¿Y qué signo es el tuyo?

PROFESOR 2: Leo.

PROFESOR 1: ¿Leo de leer o de león?

PROFESOR 2: De Astorga... mira tú por dónde.

PROFESOR 1: *(Inventándolo.)* "Si tienes un amigo llamado Androcles dile que no pase debajo de una escalera porque sufrirá un accidente muy grave..."

PROFESOR 2: No tengo ningún amigo que se llame así.

PROFESOR 1: ... pero si no lo tienes, lo sufrirás tú." PROFESOR 2: *(Queda afectado.)* ¡Bah, tonterías! ¿Qué hora es? Cielos, las tres menos veinte... a este paso voy a acabar saliendo a la hora cualquier día. Eso sí

sería caer bajo. *(Sale.)*

PROFESOR 1: El muy imbécil se lo ha creído. *(Sigue con el crucigrama.)* Espacio donde tuvo lugar la última cena... Ocho letras... acaba en culo... Cubículo. ¡Yo no sé por qué hacen unos crucigramas tan elementales! A este paso voy a acabar empleando estas horas muertas en preparar las clases. “Historia de una...”, pieza teatral de Antonio Bueno Vallejo. Ocho letras. ¡Qué tontería: escayola! Tenor alemán que se mató a los 35 años de edad tras sufrir una caída por unas escaleras... A ver esta vertical: Excusado... cinco letras... Water... Heroína de cómic... Druuna... así que el tenor es Wunderlich. *(Gestos de intranquilidad y de agobio.)* Mira que matarse de esa manera tan tonta... ¿cómo habrá caído? En casa bajaré información de Internet... ¿Qué tal cantarían? *(Mira el reloj.)* ¡Anda, las tres! A partir de mañana me dedicaré a las sopas de letras. Son más rápidas... A casita que llueve. *(Se levanta, coge un maletín y se dirige hacia la puerta. Se agacha para atarse los cordones.)*

Sale.

Telón. Suena “Ombra mai fu”.